

Cádiz, Constitución e independencias
colección bicentenarios cb

Los sitios en la Guerra de la Independencia: la lucha en las ciudades

Gonzalo Butrón y Pedro Rújula (eds.)



S
Silex

UCA
Universidad
de Cádiz
Servicio de Publicaciones

colección bicentenarios

Junto a las grandes batallas y la *petite guerre*, la lucha por el control de las ciudades es la tercera pieza que permite comprender el desarrollo militar de la Guerra de la Independencia. Soult lo expuso claramente en sus *Memorias*: “Los españoles, que se batían mal en el campo abierto, defendían bien sus plazas”. La resistencia de las ciudades, que muestran una cara de la lucha antifrancesa que a menudo ha sido relegada a un segundo plano, desconcertó a las tropas napoleónicas y alteró sus planes sobre la Península. A diferencia de lo sucedido en las campañas europeas, en la península ibérica los sitios se repitieron hasta convertirse en un elemento específico de la guerra en España, en la que la mayor implicación de la población acabó por trastornar la estrategia y la lógica general de la guerra.

Dado que una parte importante del conflicto se libró, por tanto, en las ciudades, el papel de la resistencia urbana debe ser redimensionado y a ello espera contribuir este volumen colectivo, en el que especialistas españoles y europeos estudian el doble componente de la guerra de sitios, esto es, el combate físico que se libró en el terreno de la fuerza, de la habilidad y de la oportunidad, y el combate moral que atacaba el ánimo y la conciencia de los contendientes.

IBIC: HBLL; HBT
ISBN: 978-84-9828-393-8



9 788498 283938

www.silexediciones.com
facebook.com/ediciones.silex

S
Silex



EDITOR: Ramiro Domínguez Hernanz

- © Gonzalo Butrón (ed.), 2012
© Pedro Rújula (ed.), 2012
© Pedro Rújula, 2012
© Jordi Canal, 2012
© Genís Barnosell, 2012
© Gonzalo Butrón, 2012
© Antoni Sánchez Carcelén, 2012
© Herminio Lafoz Rabaza, 2012
© Nick Lipscombe, 2012
© Cristina Borreguero, 2012
© Alberto Ausín, 2012
© Maties Ramisa Verdagué, 2012
- © Luis Alfonso Limpo, 2012
© Miguel Ángel Melón, 2012
© Antoni Moliner Prada, 2012
© Carlos Franco de Espés, 2012
© Emilio La Parra, 2012
© Antonio Ventura, 2012
© Charles Esdaile, 2012
© Jean-Marc Lafon, 2012
© Elena Fernández García, 2012
© Beatriz Sánchez, 2012
© José Saldaña, 2012
© Cristina Pineda Torra (trad.), 2012

© Sílex® ediciones S.L., 2011

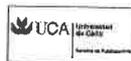
c/ Alcalá, n.º 202. 1º C. 28028 Madrid

www.silexediciones.com

silex@silexediciones.com

ISBN: 978-84-7737-731-3

e-ISBN: 978-84-7737-732-0



© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2011

c/ Dr. Marañón, n.º 3, 11002 Cádiz

www.uca.es/publicaciones

publicaciones@uca.es

Depósito Legal: CA 479-2012

ISBN: 978-84-9828-393-8

e-ISBN: 978-84-9828-394-5

© Del diseño de la cubierta: Ramiro Domínguez Hernanz, 2012

© Imagen: *Asalto de Ciudad Rodrigo por el general Arthur Wellesley, duque de Wellington, el 19 de enero de 1812*. Aguatinta de 1815 a partir de la pintura de William Heath. National Army Museum, Londres

© Sílex® ediciones S.L., 2012

c/ Alcalá, n.º 202. 1º C. 28028 Madrid

Depósito Legal: M-38814-2012

Directora editorial: Cristina Pineda Torra

Fotomecánica: Preyfot S.L.

Impreso en España por: Sclay Print Artes Gráficas S.A. (Printed in Spain) "Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra".

Olivenza (1811) Un Gibraltar abortado

Luis Alfonso Limpo
Cronista oficial de Olivenza

SUICIDIO FORZOSO

Desde la firma del Tratado de Alcañices (1297), la plaza de Olivenza había desempeñado una estratégica función ofensiva contra el flanco sur de Badajoz por su ubicación en la margen izquierda del Guadiana. Pero en 1709, en el transcurso de la Guerra de Sucesión española, el marqués de Bay voló los arcos centrales del puente-fortaleza de Ajuda, cordón umbilical para la logística del enclave. Pese a contar con un recinto de nueve baluartes, cuarteles de infantería y caballería, asiento, almacenes, polvorines y hospital militar, en la llamada *Guerra Fantástica* (1762) Olivenza fue abandonada de hecho por el conde de Lippe, quien ordenó retirar toda su artillería a Elvas. En sucesivos informes a finales del siglo XVIII diversos estrategas extranjeros al servicio de Portugal (Bassemond, Valleré, Rainsford, Wiederhold) recomiendan el desmantelamiento de la plaza. En 1799 el francés Myremont señala los incorregibles defectos de la fortificación oliventina, su emplazamiento dominado por alturas próximas, la numerosa guarnición y artillería que exige y, sobre todo, la imposibilidad de ser socorrida con el puente roto y un río a la espalda. “Concluons donc qu’Olivença ne convient nullement au Portugal, et qu’il serait à souhaiter qu’il n’exista pas”¹.

El 20 de mayo de 1801, en la campaña relámpago conocida como “Guerra de las Naranjas”, Olivenza se rindió sin disparar un tiro ante la sola presencia del ejército español. Faltó coraje, más que para defenderla, para abandonarla. El resultado fue que Godoy empleó la munición y pólvora de sus almacenes contra Campo Maior. De esta misma indecisión, según veremos, serán víctima los españoles en la Guerra de la Independencia. El príncipe regente de Portugal no dio importancia a la pérdida del indefendible enclave

¹ “Digamos por tanto que Olivenza no interesa para nada a Portugal y sería mejor que ni existiera.” Chevalier de Myremont, *Mémoire militaire sur la partie méridionale de la frontière de Portugal & sur les moyens de la porter au degré de force dont elle est susceptible*. En António Pedro Vicente, “Memórias políticas, geográficas e militares de Portugal (1792-1796)”, *Separata do Boletim do Arquivo Histórico Militar*, 41/1 (1971), p. 108. El informe de Bassemond (1762) en el *Boletim do Arquivo Histórico Militar*, 52 (1984), y el de Wiederhold en Lívio da Costa Guedes, “A viagem de Christian, Príncipe de Waldeck, ao Alentejo e ao Algarve, descrita pelo Barão de Wiederhold”, *Separata do Boletim do Arquivo Histórico Militar*, 60 (1992).

de Olivenza, que simplificaba la defensa de su frontera en la línea del Guadiana, con Elvas como principal punto de apoyo, flanqueado al norte por Campo Maior y al sur por Juro-menha. Después de cinco siglos de intentos frustrados, Godoy conseguiría al fin arrancar del flanco de su ciudad natal la molesta espina de Olivenza, poniendo una barrera al contrabando y una llave más a la frontera. ¿Qué hacer con aquella bicoca? “A la paz debes de hacer no quede en pie ninguna plaza ni fortaleza a la Raya. Olivenza hase de quedar por nuestra siempre, y en América hemos de sacar nuestra raja”².

La teoría estaba clara. Si perteneciendo a Portugal el punto fuerte a defender era Elvas, con el consiguiente sacrificio de Olivenza, perteneciendo a España el punto fuerte a defender era Badajoz, debiendo igualmente ser sacrificada Olivenza. Para ganarse la voluntad de los nuevos súbditos, sin embargo, lo políticamente correcto (la conservación de las murallas) se impuso a lo estratégicamente necesario (su demolición). Haciendo oídos sordos al consejo de la reina María Luisa, Godoy descartó el derribo humillante y optó por invertir en reformas. España, queriendo mejorar la herencia portuguesa, perpetuó sus errores con gasto y sin provecho. Una serie de informes y planos conservados en el Archivo General Militar de Madrid documentan el esfuerzo que realizó la administración española para poner en aceptable estado de defensa la plaza³. Pero en 1805 ese impulso se agotó, como consecuencia del creciente esfuerzo bélico naval que exigía a España su alianza con Francia, en detrimento de las fuerzas de tierra. El mantenimiento de las fortificaciones oliventinas, aplicando parches a sus puntos más deteriorados, era algo que podía justificarse por razones políticas en tiempos de paz. Pero en el caso de una nueva guerra entre Portugal y España, con teatro de operaciones en la llanura alentejana, el diagnóstico estaba claro. Puesto que se carecía de fondos para ejecutar las costosas obras presupuestadas y la plaza podía ser utilizada por el virtual enemigo contra Badajoz, no había más remedio que demolerla, concentrando todos los recursos en la capital de la provincia. Los peones tenían que sacrificarse para salvar a la reina.

En el verano de 1808, y más aún en enero de 1811, las murallas de Olivenza solo tenían una alternativa: su demolición, parcial o total. En una guerra nada se puede dejar que aproveche el enemigo. Badajoz y Elvas eran las dos únicas plazas que debían guardar el paso del Guadiana, llave a su vez de la izquierda del Tajo. Todas las demás debían sacrificarse en aras de la consecución del objetivo principal: cerrar la frontera portuguesa, evitar la convergencia en Lisboa de Masséna por el norte y de Soult por el sur. La decisión era estratégicamente ineludible, pero políticamente muy difícil de explicar, y aún más difícil

² La reina María Luisa a Godoy. Madrid, Archivo General de Palacio. Papeles reservados de Fernando VII, T^o 94. Año 1801. Carta fechada el 27 de mayo.

³ *Relación de la fortificación, cuarteles, hospitales y demás edificios de S.M. que se hallan en la plaza de Olivencia. Ref. 4.292, n.º 5-5-7-9. Plano y perfiles del baluarte de San Blas [...] y la cara AB que se halla amenazando ruina [...] con el coste de su reedificación; Plano de detalle del baluarte de San Pedro, con la parte de obra que se está verificando en él; [Idem] Perfil del muro que se está construyendo....* Instituto de Historia y Cultura Militar, Sección A, Grupo XIV, subgrupo 1.

de aplicar por las autoridades *españolas* de Badajoz al pueblo *portugués* de Olivenza. La teoría estaba clara, pero ¿quién le pondría el cascabel al gato?

El 28 de diciembre de 1808 la Junta de Extremadura ordenó el traslado de toda la artillería gruesa de Olivenza a Badajoz para evitar que cayese en manos del enemigo. Pero al ver la entrada de aquella enorme hilera de carros, el pueblo “se conmovió en extremo y principiando a enardecerse...” reventó la reunión de la Junta Local. Para sofocar el motín, no les quedó otra que ordenar el inmediato regreso del convoy de vacío. En aquel momento, el anciano general Cuesta decidió no tensar más la cuerda:

“Es muy prudente la determinación tomada por esta Suprema Junta de suspender la ejecución y cumplimiento de dicha orden. Al mismo tiempo conceptúo que la plaza de Olivenza es poco susceptible de defensa [...], cuando deberá atenderse muy principalmente a la de esta capital. [...]. Esto no obstante creo conveniente el adherir por ahora a los deseos y peticiones de aquel pueblo [...] hasta que esta Suprema Junta se ponga en estado de ser bien obedecida, sin que el populacho de ningún vecindario se atreva a resistir ni interpretar sus deliberaciones”⁴.

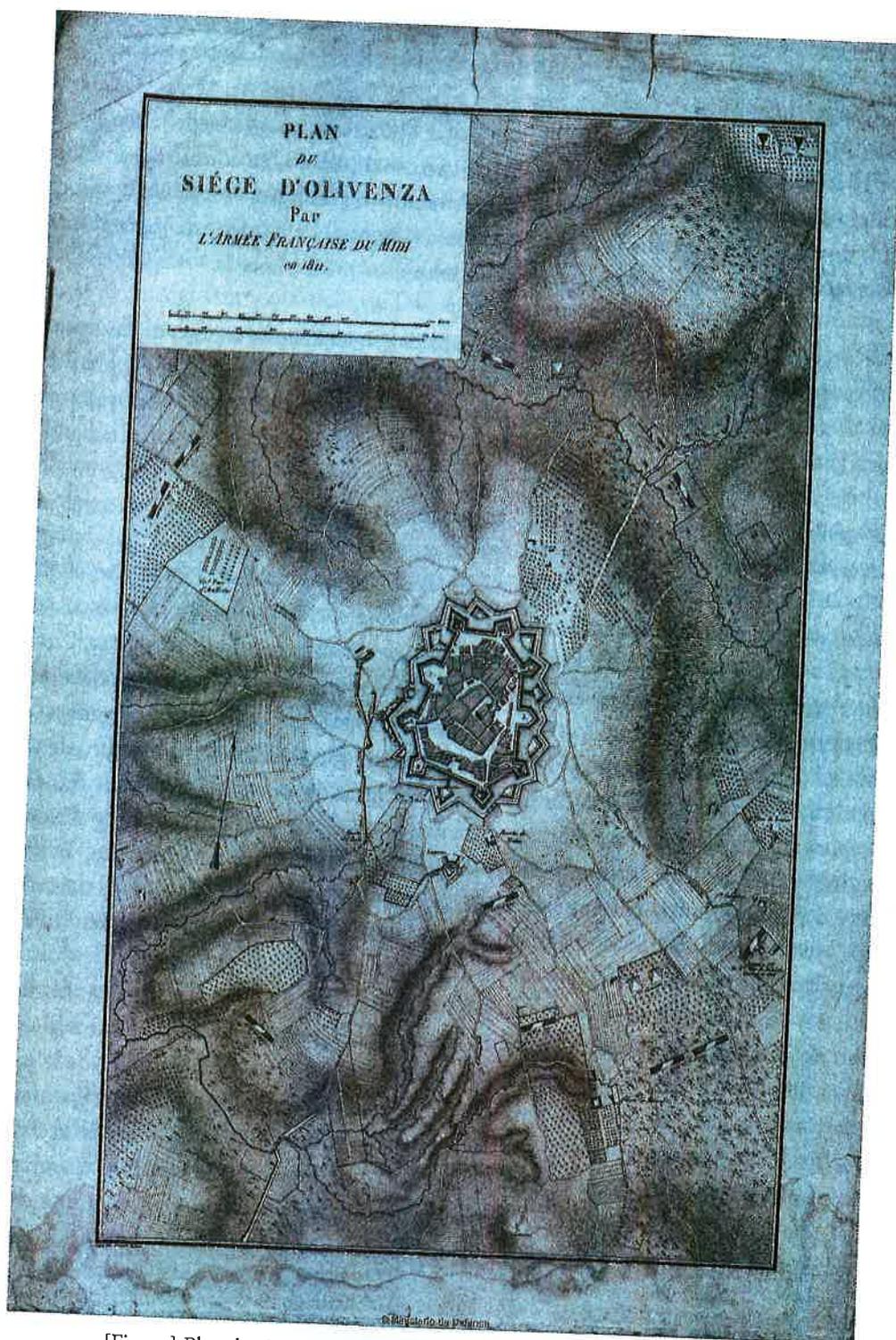
PRIMERA OCUPACIÓN FRANCESA (FEBRERO 1810)

Los primeros meses de 1809 estuvieron marcados por las sucesivas derrotas del ejército de Extremadura. En Gamonal y Somosierra la tropa acabó asesinando al general San Juan. Galluzo perdió Almaraz y el 28 de marzo Cuesta fue arrollado en Medellín, dejando en el campo diez mil muertos. En un ambiente caldeado por el pánico a los franceses, el desprestigio de los militares y la desconfianza hacia las nuevas autoridades políticas, la desmoralización cundía entre los civiles. Los motines populares (Don Benito, Badajoz, Fuente de Cantos, Santa Marta) estaban a la orden del día, provocados por la más nimia chispa. Una vez salido de la redoma el genio maléfico del populacho, ¿quién volvía a meterlo dentro?

En ese contexto, en el peor de los momentos, la Junta de Extremadura quiso llevar a cabo el 3 de abril de 1809 lo que había intentado sin éxito el 28 de diciembre del año anterior. Esta vez ordenó a la Junta Local inutilizar toda la artillería y cureñaje de la plaza, retirándose después a Badajoz en compañía del Estado Mayor y la guarnición. La medida se justificaba con el objeto de “proporcionar todos los medios para sostener la capital como punto céntrico de toda la Provincia, de la que depende su libertad, eliminando todos los auxilios de que pudieran valerse los enemigos para ofenderla”⁵. Era una orden absurdamente punitiva, dictada por el miedo, el resentimiento y la soberbia. Era como si

⁴ D. Gregorio de la Cuesta a la Junta de Extremadura. Badajoz, 30 de diciembre de 1808. En Román Gómez Villafranca, *Extremadura en la Guerra de la Independencia Española: memoria histórica y colección diplomática*. Badajoz, 1908, n.º 66, p. 131.

⁵ Orden de la Junta de Extremadura. Badajoz, 6 de abril de 1809. *Ibidem*, n.º 94, p. 170.



[Fig. 10] Plan du siège d'Olivenza, par l'Armée française du Midi en 1811.
© Ministerio de Defensa

los españoles de Badajoz le dijeran a *los portugueses* de Olivenza: lo que no haya de servirnos a nosotros, tampoco ha de servirnos a vosotros. Todos los miembros de la Junta Local manifestaron su voto en contra con razones como la del teniente Rabaneda: "Que de clavar la artillería gruesa, según previene la citada superior orden, queda expuesta la guarnición de esta plaza y aún su vecindario a ser pasados a cuchillo, o a lo más favorable a ser todos entregados a discreción". El gobernador D. Manuel Herck sugirió una solución radical para zanjar de un solo golpe la prioridad estratégica y el conflicto político que enfrentaba al pueblo con la capital, a Olivenza con Badajoz: "[...] que se evitarían los graves inconvenientes expuestos abandonando esta plaza con inutilización de todos sus efectos y entregarla a Portugal"⁶.

Queriendo ahorrarse un nuevo motín, era la propia Junta de Extremadura quien prendía la mecha al barril de pólvora de la indignación popular. Al ver cómo la guarnición abandonaba la plaza después de dejar clavada la artillería, los oliventinos no aguantaron más. Aquel gesto de monstruoso egoísmo desbordaba el vaso de su paciencia. Se echaron en masa a la calle y saquearon los almacenes en busca de géneros y armas. Una vez provocado el incendio, la Junta de Extremadura envió como bombero a un juez con poderes extraordinarios para intimar con la pena de muerte a los notables oliventinos que se negaran a colaborar en la restauración del orden público. ¡Ni el rector de la Magdalena escapó a ser motejado de traidor! A duras penas, arriesgando la vida, consiguió el magistrado D. Antonio Martínez cumplir aquellas órdenes tan comprometidas. Sofocado el alboroto, que de milagro se saldó sin muertos, se creó un cuerpo de policía local. En la noche del 17 de abril sus miembros eran incapaces de evitar un nuevo asalto al polvorín del Calvario. El alcalde mayor le dice entonces a la Junta que el cuerpo de policía "[...] no surte todo el buen efecto que debe, pues como son portugueses creo disimulan. En este extremo veo que es de absoluta necesidad el que V.E. me mande el auxilio de los seiscientos hombres de tropa que pedí para proceder a las prisiones, a fin de que la pena suceda inmediatamente al delito"⁷.

Fracasada la política de mano dura, la Junta ensayó al año siguiente una política de apaciguamiento y parches, inútil desde el punto de vista defensivo. Se ordenó una cuestión extraordinaria entre los pudientes de la villa a fin de efectuar la reparación de la brecha que desde 1801 padecía el baluarte de San Pedro, intentada por Godoy en 1803. Pero en Olivenza faltaban no solo caudales, sino brazos. Escaseaban los hombres útiles "[...] a causa de haber emigrado muchos o casi todos los mozos al inmediato Reyno de

⁶ Acta de la reunión celebrada por la Junta Militar de la plaza de Olivenza para decidir sobre el cumplimiento de la orden de la Junta de Extremadura para inutilizar su artillería gruesa. Olivenza, 3 de abril de 1809. Badajoz, Biblioteca de Extremadura, Fondo Clot Manzanares, caja 34, n.º 1188.

⁷ Antonio González a la Junta de Extremadura. Olivenza, 17 de abril de 1809. Olivenza, Archivo Histórico Municipal, Cuerpo cronológico, 1809/abril/1-17. Diversos.

Portugal, huyendo de los alistamientos, prueba que unida a algunas otras patentizan hasta qué grado se halla menguado el entusiasmo y patriotismo en estos naturales”⁸.

Desde el inicio de la contienda, los principales problemas en Olivenza eran la falta de entendimiento con Badajoz y el difícil mantenimiento del orden público. Ambos tenían su origen en la falta de un consenso acerca del ineludible derribo de las fortificaciones. La estrepitosa derrota de Ocaña, con la posterior entrada de los franceses en Andalucía y la disolución de la Junta Central, hicieron realidad el peor de los augurios. El ejército invasor incursionó por la Baja Extremadura. Mortier, incluso, llegó a intimar la rendición de Badajoz el 11 de febrero de 1810. En el transcurso de aquella especie de paseo militar, Olivenza llegó a ser fugazmente tomada sin ofrecer resistencia alguna. Una vez replegados los franceses, en el verano, el marqués de la Romana intentó sin éxito mantener libre de ocupantes a la Baja Extremadura. Acabó retirándose a las líneas de Torres Vedras, con la excusa de “reforzar” a Wellington, abandonando la provincia y resignando el mando en el inepto general Mendizábal. ¡Ni siquiera a Badajoz se la consideraba capaz de resistir un sitio en regla! Tan es así que la Junta de Extremadura se refugió en Valencia de Alcántara.

Lo que pasó con Olivenza al año siguiente, cuando finalmente Soult determinó acudir en auxilio de Masséna y ocupar Badajoz, lo profetizó con su proverbial sagacidad Arthur Wellesley. El 12 de febrero de 1810, desde Santarém, Wellington ordena a Hill: “Recomiende encarecidamente al general Leite para que se haga fuerte en Juromenha y evite, en unión de la Junta de Badajoz, que los franceses se aprovisionen en Olivenza. Se puede dar por seguro que, aunque los españoles no sepan qué uso darle a esta plaza, los franceses se lo darán, si son capaces de tomarla”⁹.

SEGUNDA OCUPACIÓN FRANCESA (ENERO 1811)

Badajoz, plaza fuerte de segundo orden, guardaba la frontera portuguesa e impedía el enlace entre las bases de Masséna (Santarém, Ciudad Rodrigo) y Soult (Sevilla). Caso de haber reparado a tiempo sus murallas y estar bien artillada, municionada y pertrechada, Olivenza podría haber funcionado como escudo temporal para hacer perder tiempo al enemigo. Mientras tanto, Badajoz hubiera podido mejorar sus defensas. Como todas estas condiciones faltaron, vino a desempeñar el triste papel de base francesa que facilitó la conquista de la capital.

A finales de 1810, después de que Mortier hubiese ocupado fugazmente Olivenza en febrero de ese año, antes de gallardear ante Badajoz, el marqués de La Romana por fin

⁸ D. Ramón Blanco, gobernador interino de la plaza de Olivenza, al presidente y Junta Suprema de la provincia, informando sobre las obras de la plaza de Olivenza y cómo los mozos huyen del alistamiento escapando a Portugal. Olivenza, 8 de febrero de 1810. Badajoz, Biblioteca de Extremadura, Fondo Clot Manzanares, Caja 34, n.º 1188.

⁹ El duque de Wellington a Sir R. Hill. Santarém, 12 de febrero de 1810. En Arthur Wellesley, duke of Wellington, *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington K.G. during his various campaigns in India, Denmark, Portugal, Spain, the Low Countries and France. From 1799 to 1818*, Londres, J. Murray, 1834-1839, vol. V, p. 484.

había tomado la decisión de dismantelarla. De hecho, una compañía de zapadores trabajaba en la demolición del fuerte de San Juan cuando las avanzadas francesas asomaron por Almendral y La Albuera. Contaba para su defensa con las 1.150 plazas del batallón del Regimiento de Voluntarios de Navarra, medida puramente política, para evitar que los levantiscos oliventinos se sintieran abandonados. Pero ese error inicial lo agrandó Mendizábal reforzándola con 3.000 hombres más de la división de Ballesteros. Gómez de Arteche se muestra tajante al escribir que el refuerzo solo sirvió “para aumentar la cifra de los prisioneros al rendirse”¹⁰. ¿Qué hacían cuatro mil hombres encerrados en una plaza de nueve baluartes con solo diez cañones y 2.500 fusiles? Olivenza fue el primero de la extensa lista de errores que cometió Mendizábal en el fatídico primer trimestre de 1811.

Contra toda lógica, *voilà*, allí estaba Olivenza. Puesto que los españoles no la habían abandonado, habría que tomarla. Para las tropas de Soult fue una sorpresa y un pequeño contratiempo. A la espera de que les llegara el tren de sitio, retrasado por las lluvias y los malos caminos, sin nada mejor que hacer se pusieron manos a la obra. El fuerte de San Juan, lo que debería haber sido el primer punto fuerte para la defensa, se convirtió en punto débil desde el cual iniciar los ataques. El segundo punto débil fue el baluarte de San Pedro, cuya brecha había sido malamente reparada en el último momento y contaba con parapetos de tierra. Los franceses cavaron sus trincheras en medio de aguaceros inmisericordes y escasos de herramientas, achicando el lodo de las zanjas hasta con las manos. Mas que contra el débil fuego enemigo, hubieron de luchar contra el agua incesante, que dificultaba sus aproches. La defensa española fue puramente pasiva, sin efectuar ninguna salida. Un tímido intento de socorro fue abortado fácilmente por los imperiales. El 22 de enero, once días después de iniciado el sitio, todas las baterías francesas comenzaron a vomitar fuego al mismo tiempo:

“Las obras de fábrica de las escarpas se hallaban ya muy destrozadas cuando se escuchó de golpe un ruido sordo en el pueblo que anunciaba una especie de revuelta. En efecto, se vio poco después una multitud de paisanos y de soldados asustados presentarse sin armas sobre los parapetos del baluarte 9 y sobre los de la cortina de la derecha, del lado de la puerta de San Francisco, pidiendo que cesase el fuego y anunciando el deseo de rendirse. Algunos momentos después el gobernador se presentó con su Estado Mayor delante de la puerta que hemos dicho y declaró que había decidido capitular”¹¹.

Todas las fuentes primarias españolas silencian significativamente este nuevo motín, confirmado en las memorias de Lapène y Petiet¹². Tan floja fue la defensa de Olivenza

¹⁰ José Gómez de Arteche, *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 á 1814*, Madrid, 1868-1903, t. IX, 1894, p. 172.

¹¹ Coronel Lamare, *Relación de los sitios y defensas de Olivenza, de Badajoz y de Campo Maior en 1811 y 1812 por las tropas francesas del Ejército del Mediodía*, Badajoz, Institución Cultural Pedro de Valencia, 1981, p. 19.

¹² Édouard Lapène, *Conquête de L'Andalousie, campagne de 1810 et 1811 dans le Midi de l'Espagne*, París, F. Vieusseux, 1823, p. 79 y Auguste Petiet, *Souvenirs historiques, militaires et particuliers 1784-1851*, en Fernando

que, entre los sitiados, las bajas fueron mínimas. Entre los sitiadores no pasaron de quince muertos y cuarenta heridos. Fiel a una cierta concepción deportiva de la guerra, por entonces muy extendida entre sus contemporáneos, Lamare la consideró mediocre. “Los españoles, que en otras circunstancias habían defendido sus murallas con tanto valor y porfía, demostraron una pusilanimidad inexplicable en esta”¹³.

Se había cumplido la profecía de Wellington. Aunque los españoles no habían sabido darle uso a Olivenza, los franceses se lo encontraron. Allí permaneció la administración del ejército, los hospitales y almacenes. No olvidemos que la campaña se desarrolló en pleno invierno, en medio de un intenso frío y continuas lluvias. Soult aprovechó toda la artillería de Olivenza, la pólvora, las municiones, las molindas de las aceñas que jalaban el Guadiana, el vino, que era abundante, y aún a los paisanos como mano de obra. “En la villa tienen los franceses más de dos mil heridos procedentes del cerco. De allí se llevaron los malvados todas las puertas para las trincheras, y a los pobres paisanos para trabajar en ellas”¹⁴.

Las autoridades españolas reaccionaron ante la caída de Olivenza depurando responsabilidades en la persona del gobernador Manuel Herck, a quien se le formó consejo de guerra. Se ha escrito que Herck era un suizo al servicio de España¹⁵. En realidad había nacido en Cádiz el 3 de junio de 1747, perteneciendo a la tercera generación de una dinastía de mercaderes flamencos, los Hercq y Vandentrille, que formaron varias casas de comercio¹⁶. En 1811 tenía 64 años. Conducido prisionero a Córdoba, junto al resto de la guarnición, consiguió fugarse en Zafra el 13 de abril. Llegó a Ayamonte el 22 y en esa misma noche fue arrestado. Procesado por su débil defensa de Olivenza, el 29 de octubre el consejo de guerra le declaró libre de todo cargo, sin que aquel borrón en su expediente fuera obstáculo a futuros ascensos¹⁷.

La caída de Olivenza motivó también el 1 de marzo una comparecencia ante las Cortes del ministro de la Guerra, José Heredia, a instancias de Canga Argüelles. El ministro argumentó que por los casos extraordinarios (Zaragoza, Gerona) no podían medirse los

Valdés Fernández, (ed.), *La Guerra de la Independencia en Badajoz: fuentes francesas. Memorias*. Badajoz, Diputación Provincial, Servicio de Publicaciones, 2003, p. 155.

¹³ Lamare, *op. cit.*, p. 20.

¹⁴ Carta de Francisco Xavier do Rego Aranha a D^a M^a Luisa de Valleré. Elvas, 13/02/1811. En Luis Alfonso Limpo Pítriz, *Badajoz y Elvas en 1811: crónicas de guerra. Cartas de Francisco Xavier do Rego Aranha a D^a M^a Luisa de Valleré*. Badajoz, Ayuntamiento, Servicio de Publicaciones, 2011, p. 147.

¹⁵ Miguel Artola, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 216. También Juan Priego López, *Guerra de la Independencia: campaña de 1811* (primer periodo), Madrid, San Martín, 1992, p. 45 y, en su estela, Carlos Santacara, *La Guerra de Independencia vista por los británicos*, Madrid, A. Machado Libros, 2005, p. 312.

¹⁶ Cf. Ana Crespo Solana, *Entre Cádiz y los Países Bajos: una comunidad mercantil en la ciudad de la Ilustración*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 2001, pp. 206-322 y Paloma Fernández Pérez, *El rostro familiar de la metrópoli: redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*, Madrid, Siglo XXI, 1997, p. 250.

¹⁷ Segovia, Archivo General Militar, Hoja de servicio de D. Manuel Herck. Sus pruebas de ingreso en la Orden de Alcántara se conservan en Madrid, Archivo Histórico Nacional, Órdenes Militares, Caballeros de Alcántara, Mod-34 microfilm positivo 926 y OM-Expedientillos N-15037 (1804). Herck aparece también en los protocolos del notario de Olivenza D. Alonso Gil los años 1804 (caja 2, f. 396) y 1808 (caja 8, f. 17). Agradecemos esta información a nuestro amigo Servando Rodríguez Franco.

ordinarios. Las fortalezas debían tenerse en buen estado y con dotación suficiente, pues de lo contrario, en manos del enemigo, se convertirían en un arma contra el país. Lo que no podían ser era el refugio de las bocas inútiles, “porque la gente incapaz de tomar las armas, sobre el consumo que causa, *perturba el valor con sus clamores* en los momentos que se requiere el mayor esfuerzo de los defensores”¹⁸. ¿Alguien le soplaría al ministro lo del motín, silenciado en la historiografía española?

Wellington, curiosamente, utilizó el mismo adjetivo que Lamare para calificar la caída de Olivenza: “inexplicable”. Aunque para él, lo importante era Badajoz. Profetizando una vez más la conducta de Mendizábal en vísperas del desastre del Gévora, escribe a su hermano Henry:

“Ningún plan fue nunca tan completamente español como haber metido entre 3.000 y 4.000 de sus mejores hombres dentro de Olivenza, una plaza sin artillería, sin municiones, sin víveres, bajo circunstancias en las cuales sería imposible, si fueran atacados, que alguien pudiera auxiliarles. Después, como otras veces, pedirán a gritos ayuda a todo el mundo, y llenarán de injurias a quien no se la proporcione en el acto”¹⁹.

LA CARA OCULTA DE LA “GUERRA DE LAS NARANJAS”

Además de la ineludible vertiente militar, los sitios de Olivenza en 1811 tuvieron también una vertiente política, inédita en la historiografía, cuyo punto de partida debemos situar en la menospreciada “Guerra de las Naranjas”. Godoy obtuvo en ella un doble éxito, militar y político. Éxito militar porque, con un ejército en muy mal estado, sabiendo que los portugueses estaban peor, fue de victoria en victoria hasta el Tajo, sin permitir que llegasen a intervenir las tropas francesas. Pero sobre todo éxito político. En las negociaciones de paz consiguió neutralizar a Luciano sobornándolo con los diamantes portugueses, evitar las terminantes instrucciones de Napoleón falsificando la fecha de los tratados y hacer una paz separada con Portugal, independiente de la de Francia²⁰.

Los Tratados de Badajoz del 6 de junio de 1801, en realidad firmados el día 8, constituyen un modelo de funambulismo en esa cuerda siempre floja que es la del Poder. España obligó a Portugal a cerrar sus puertos a Inglaterra —principal exigencia francesa— sin lesionar gravemente los intereses del regente portugués, casado como sabemos con Carlota Joaquina, hija de Carlos IV. Portugal, gracias a la eficaz interposición de Godoy, se vio libre de ser invadido por los franceses, pero aumentó su resentimiento contra España por la diminuta mutilación de Olivenza. Francia obtuvo de Portugal el cierre de sus puertos a la armada inglesa y apretó las tuercas en un tratado posterior, firmado en Madrid en

¹⁸ *Diario de Sesiones: actas de Bayona. Sesiones secretas de 1810-1814*. cf. la correspondiente al 1 de marzo.

¹⁹ Arthur Wellesley al embajador de S. M. en Cádiz. Cartaxo, 20 de enero de 1811. Duke of Wellington, Arthur Wellesley, *The Dispatches of Field Marshal*, vol. III, p. 158.

²⁰ André Fugier, *La Guerra de las Naranjas: Luciano Bonaparte*, 2007, traducción, edición y apéndices, Luis Alfonso Limpo..

septiembre de 1801. Pero Napoleón se sintió engañado por Godoy al no conseguir la ocupación del tercio norte del país, objetivo de su absurda política de presas de cara a las negociaciones de paz con Inglaterra.

La guerra relámpago de 1801 y los tratados que la cerraron fueron un doble e indudable triunfo de Godoy. Por eso tanto Francia como Portugal se vengaron de las humillaciones sufridas en Badajoz. Francia, negándole una silla a España en la negociación de la Paz de Amiens, tolerando la ridícula conquista de Olivenza como un “ajuste de fronteras” y entregando a Inglaterra los 4.800 km² de la isla de Trinidad. La venganza portuguesa, a pesar de su trascendencia, ha sido ignorada hasta la fecha por la historiografía. Al llegar a Brasil la noticia de que España había declarado la guerra a Portugal, un puñado de milicianos y contrabandistas –con el apoyo posterior de tropas regulares– invadió la Banda Oriental del río Uruguay. Entre agosto y diciembre de 1801 aquel grupo de *bandeirantes* riograndenses incorporó a la corona portuguesa una extensión de 90.000 km². Gracias a la guerra de 1801, el Portugal metropolitano se duplicó en la colonia. Naturalmente, sin que ningún tratado posterior legalizara aquella ocupación *de facto*²¹.

En virtud del Tratado de Amiens (23 de marzo de 1802) Olivenza y la isla de Trinidad quedaron unidas por un mismo vínculo jurídico. “S.M. Católica cede y asegura a S.M. Británica la isla de la Trinidad en toda propiedad y soberanía” (Art.º IV); “Los territorios y posesiones de S.M. Fidélísima serán mantenidos en su integridad, tal y como estaban antes de la guerra. [...] Los arreglos que han tenido lugar entre las Cortes de Madrid y Lisboa para la rectificación de sus fronteras en Europa serán ejecutados sin embargo conforme a las estipulaciones del Tratado de Badajoz”²². La cesión de la Trinidad a Inglaterra no tenía vuelta atrás. En cambio, la ocupación portuguesa de las Misiones Orientales del Uruguay... Godoy intentó recuperar aquellos 90.000 km² usurpados por los portugueses en el Virreinato de la Plata. Lo intentó primero por la vía diplomática, a través de sucesivas reclamaciones presentadas por nuestro embajador en Lisboa, conde de Campo Alange. Los portugueses supieron darle largas y marearle la perdiz durante dos años, desde 1802 hasta 1804. En esa fecha, como resultado del choque entre dos partidas de caballería, los portugueses descendieron de la línea del río Ibicuí a la del Quaraí, anexionándose en la banda oriental del Uruguay 45.000 km², una extensión equivalente a Extremadura. Godoy arrojó entonces la toalla de la vía diplomática y puso en marcha una operación

²¹ Fernando da Silva Camargo, *O Malón de 1801: a Guerra das Laranjas e suas implicações na América Meridional*. Passo Fundo, Clio Livros, 2001; Luis Alfonso Limpo Piriz, “Proyección americana de la Guerra de las Naranjas y Tratados de Badajoz”, en *Revista de Estudios Extremeños*, XVII/III, n.º III (2001), pp. 919-961 y “Motivos americanos para Fontainebleau: la cara oculta de la guerra de las Naranjas”, en *Manuel Godoy y su tiempo*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2003, t. I, pp. 631-648.

²² Alejandro del Cantillo, *Tratados, convenios y declaraciones de paz y de comercio que han hecho con las potencias extranjeras los monarcas españoles de la casa de Borbón, desde el año 1700 hasta el día*. Madrid, [s.n.], 1843, p. 703; Júlio Firmino Júdice Bicker, *Suplemento à coleção dos tratados, convenções, contractos e actos públicos celebrados entre a Coroa de Portugal e as mais potências*. Lisboa, Imprensa Nacional, 1878, t. XIII, p. 437.

rescate para la reconquista *manu militari* de las Misiones Orientales del Uruguay. La operación se frustró por la crisis cerealística de 1804 y por el desastre de Trafalgar en 1805²³.

Consciente del sistema bipolar que dominaba la política internacional del momento, del estratégico duelo a muerte entre la tierra y el mar, Godoy propuso a Carlos IV ocupar Portugal para evitar que Napoleón volviera a introducir sus tropas en España, como en 1801, con el pretexto de ocupar la fachada atlántica. La negativa del monarca, por las consabidas razones dinásticas y escrúpulos morales, arrojó definitivamente a Godoy en brazos de Napoleón, dueño absoluto del continente tras el doblete de Iena y el reparto de Tilsit. Nosotros vemos el famoso Tratado de Fontainebleau no solo desde la perspectiva clásica, como salvación personal del *Algarbiorum Dux*, sino también como segunda edición, pero esta vez en serio, de la denostada "Guerra de las Naranjas". Es decir: como el desquite por los 135.000 km² que ocupaban los portugueses en la Banda Oriental del Uruguay, hecho que sigue siendo "materia oscura" en la historiografía del periodo. En 1807 Godoy no será ya el colchón amortiguador del zarpazo napoleónico, sino el martillo pilón de Francia. Cuando constata que ha caído en la trampa, propone al rey la retirada a Sevilla, a Cádiz. En última instancia, América. Una vez más Carlos IV se niega a seguir su consejo. El motín de Aranjuez allana de manera imprevista el camino a Napoleón.

A diferencia de España, Portugal adoptó la solución preconizada por Godoy, la retirada estratégica al otro lado del Atlántico. Una vez a salvo en Rio de Janeiro, lo primero que hizo el príncipe regente fue declarar en solemne manifiesto "nullos, e de nenhum effeito, todos os Tratados que o Imperador dos Francezes o obrigou a assignar, e particularmente os de Badajoz e de Madrid em 1801, e o de Neutralidade de 1804; pois que elle os infringio, e nunca os respeitou"²⁴. El tratado de paz luso-español firmado en Badajoz el 8 de junio de 1801, cuyo Artº III formalizaba la cesión del enclave de Olivenza, era en todo independiente de los tratados de paz luso-franceses firmados el mismo año en Badajoz y más tarde en Madrid. Pero aún así, como veremos, el solemne manifiesto del regente sería invocado para dar cobertura jurídica a un acto oportunista y de pura fuerza: la recuperación de Olivenza en abril de 1811 para la soberanía portuguesa.

INTENTOS DIPLOMÁTICOS

Hubo en el verano de 1808 un primer momento de entusiasmo y reconciliación en las relaciones luso-españolas. Fue protagonizado por las Juntas Provinciales que, titulándose supremas, practicaron una diplomacia a escala regional. La Junta de Oporto estuvo a

²³ Joaquín A. Ernesto Maeder, *Misiones del Paraguay. Conflictos y disolución de la sociedad guaraní (1768-1850)*. Madrid, Mapfre, 1992, p. 236 y Carlos Seco Serrano, "La política exterior de Carlos IV", en *Historia de España: la época de la Ilustración*, Madrid, Espasa Calpe, 1988, t. XXXI, vol. II, p. 688.

²⁴ *Manifesto, ou exposição fundada, e justificativa do procedimento da Corte de Portugal a respeito da França desde o principio da Revolução até a época da Invasão de Portugal; e dos motivos, que a obrigarão a declarar a Guerra ao Imperador dos Francezes, pelo facto da Invasão, e da subsequente Declaração de Guerra feita em consequencia do relatorio do Ministro das Relações Exteriores*. [Rio de Janeiro]: na Impressão Regia, 1808. BNL, RES. 2449 A.

punto de fundirse con la de Galicia. La Junta de Badajoz cooperó estrechamente con la de Campo Maior. La Junta de Sevilla suscribió acuerdos con la del Algarve. Pero pasado el impetuoso desbordamiento de las Juntas, las aguas diplomáticas refluyen y vuelven a discurrir por los cauces convencionales. La Junta Central se desembarazó del versátil Pedro Cevallos enviándolo a Londres y confió la cartera de Exteriores a su secretario general, el activo aragonés Martín de Garay, representante de la Junta de Extremadura. Como ministro plenipotenciario en Río de Janeiro se nombró al Marqués de Casa Irujo. Tardó casi cinco meses en embarcar por falta de fondos, y una vez en Brasil fue el tesoro portugués quien tuvo que adelantarle las mensualidades, con poca esperanza de reintegro. En Portugal, por su parte, el primer secretario de Estado Rodrigo de Sousa Coutinho, conde de Linhares, nombró como ministro plenipotenciario ante la Junta Central establecida en Sevilla a su sobrino Pedro de Sousa y Holstein. Eso sí, tomando una precaución: no informarle sobre las ocupaciones perpetradas en la Banda Oriental en 1801 (90.000 km²) y 1804 (45.000 km²)

D. Pedro de Sousa y Holstein, futuro duque de Palmela, era un joven de apenas 28 años, pero que llevaba la diplomacia en la masa de la sangre. Wellington llegó a considerarle el diplomático más competente de toda Europa, en una época que fue la de Talleyrand y Metternich. Entre los objetivos que D. Rodrigo señaló a su sobrino figuraba la firma de un Tratado de Alianza y Comercio luso-español. En uno de sus artículos debía incluirse la devolución de Olivenza "para de todo extinguir a memória da tyrannia franceza"²⁵. La devolución de Olivenza debía ser el borrón y cuenta nueva que pusiera a cero el contador de las relaciones luso-españolas, la penitencia redentora que Portugal imponía a España para expiar el doble pecado de la "Guerra de las Naranjas" y la invasión que siguió al Tratado de Fontainebleau.

El enclave de Olivenza había perdido parte de su interés al destruir el marqués de Bay en 1709 los arcos centrales de Puente Ajuda. ¿Por qué Rodrigo de Sousa encomendó a Palmela que negociara su devolución, si constituía una indefendible y pesada carga de la que Portugal se había visto libre en 1801, si padecían brechas sus baluartes dominados por alturas próximas, si los revellines estaban arruinados...? Lo hizo pensando no en su valor estratégico real, muy mermado, sino en su virtual valor político. El conde de Linhares pensó en Olivenza como moneda de cambio para realizar la siguiente jugada: ceder por segunda vez los 450 km² de Olivenza a cambio de legalizar la posesión de los 135.000 ocupados en la Banda Oriental del Uruguay.

Palmela realizó dos intentos para recuperar Olivenza. El primero, en los meses de agosto-septiembre de 1809 ante la Junta Central establecida en Sevilla, tuvo como interlocutores a Jovellanos y Martín de Garay. La base IV^a del Tratado que les propuso firmar estipulaba la cesión de Olivenza por España sin contrapartida alguna en América:

²⁵ Instrucções do conde de Linhares para D. Pedro de Sousa e Holstein, nomeado enviado extraordinário e ministro plenipotenciario junto do Governo Central de Hespanha. Rio de Janeiro, 9 de enero de 1809. Júlio Firmino Júdice Bicker, *Suplemento à coleção dos tratados*, op. cit., t. XVII, p. 73.

“Para aniquilar hum monumento das tristes dissensões que existiram entre os dois paizes, contra os seus verdadeiros interesses e desejos; para dar mais huma prova da sinceridade com que vão ligarse perpetuamente, etc., consente o Governo de Hespanha em que se torne novamente a reunir Olivença e o seu território aos dominios de Portugal”²⁶.

Palmela fracasó en su primer intento por tres motivos. El primero, la negativa de la Junta a asumir la responsabilidad de desmembrar una pequeña porción de la Monarquía, la cual solo podrían tomar sobre sus hombros las futuras Cortes. El segundo, la dimisión del secretario de Estado Garay (a quien, por cierto, Palmela trató de sobornar). La derrota de Ocaña y consiguiente entrada de los franceses en Andalucía provocó la disolución de la propia Junta Central en enero de 1810. El tercer motivo fue la oposición del embajador inglés, Richard Wellesley, a que pequeños intereses secundarios estorbaran la consecución del objetivo principal: expulsar a Napoleón de la Península²⁷.

El segundo intento para recuperar Olivenza lo realizó Palmela en los meses de febrero-abril de 1810 ante el primer Consejo de Regencia establecido en Cádiz, teniendo como interlocutores al viejo D. Francisco Saavedra y al nuevo Secretario de Estado, Eusebio Bardaxí. Frente a la devolución unilateral de Olivenza por España, sin contrapartidas en América, el Artº IV del borrador del Tratado de Cádiz de 1810 estipulaba la vuelta recíproca al *statu quo ante* 1801 en los dos hemisferios. Cito literalmente:

“A fin de borrar del todo la memoria de las funestas disensiones que existían entre las dos monarquías, contra los intereses de ambas, consiente el gobierno español en que la ciudad de Olivenza, su territorio y dependencias, sean reunidas de nuevo a perpetuidad a la corona de Portugal. Por su parte, Su Alteza Real el príncipe regente de Portugal, atendidas las reclamaciones a que la España piensa tener derecho en la América meridional, fundadas en el Tratado de Límites de 1777, conviene en que se nombren por ambas partes un igual número de comisarios encargados de *verificar cualquier infracción involuntaria que pueda haber tenido el referido Tratado de Límites en las posesiones de las dos Coronas en la América meridional*. Debiéndose en un plazo indicado restablecer exactamente en su vigor todo lo que se estipuló en el sobredicho tratado”²⁸.

El texto revela la ignorancia del negociador portugués acerca de las ocupaciones perpetradas en la Banda Oriental del Uruguay en 1801 y 1804 y la poca fe del negociador español

²⁶ Nota de D. Pedro de Sousa e Holstein para D. Martín de Garay. Sevilla, 9 de septiembre de 1809. Júlio Firmino Júdice Bicker, *Suplemento à coleção dos tratados*, op. cit., t. XVII, p. 151.

²⁷ “Disse-me Lord Wellesley que seu irmão e elle concordaram em pensar que se não devia no momento actual misturar interesses subalternos com o principal, que era a salvação da Península. Que elle me aconselhava, por consequencia, de suspender... etc”. Palmela al conde de Linhares. Sevilla, 9 de noviembre de 1809. En, M. Amalia Vaz de Carvalho, *Vida do Duque de Palmela*, D. Pedro de Sousa y Holstein. Lisboa, Imprensa Nacional, 1898-1903, p. 519.

²⁸ Respuesta de D. Eusebio Bardaxí y Azara a D. Pedro de Sousa y Holstein. Real Isla de León, 12 de abril de 1810. Júlio Firmino Júdice Bicker, *Suplemento à coleção dos tratados*, op. cit., t. XVII, p. 207.

en devolver Olivenza. Palmela fracasó también en este su segundo intento porque el aliado común, el Gobierno inglés, negó su garantía al Tratado, ya que otro artículo del mismo contemplaba la posible unión de ambas monarquías en la persona de Carlota Joaquina o sus descendientes. Y también, hay que decirlo, porque Río de Janeiro se negó a ratificarlo. Rodrigo de Sousa quería manos libres en Brasil. Jugar con los intereses europeos para favorecer los americanos, sí; pero no hasta el punto de tener que devolver 135.000 km² en la Banda Oriental del Uruguay para recuperar 450 en la margen izquierda del Guadiana.

Fracasada la vía diplomática en 1809 y 1810, la suerte adversa de las armas españolas en el primer trimestre de 1811 brindaba a Portugal la oportunidad preciosa de recuperar de nuevo su soberanía sobre ella tras liberarla del dominio francés. Mas para este segundo Gibraltar, ay, seguía siendo indispensable el concurso inglés.

LIBERACIÓN ANGLO-LUSA (ABRIL 1811)

No le faltaban razones a Soult para sentirse satisfecho después de haber aniquilado a Mendizábal en el Gévora y haberle arrancado a Imaz la entrega de Badajoz. Sin embargo, sus triunfos en el sur fueron simultáneos a los fracasos de Masséna en el norte, con lo cual no se pudo avanzar por las dos orillas del Tajo contra Lisboa. Después de hacer recular al "hijo mimado de la Victoria" hasta sus bases en Ciudad Rodrigo, Wellington envió parte de las tropas del Tajo al Guadiana para recuperar Badajoz. Poco antes, las Cortes de Cádiz le habían negado el mando sobre el ejército español. Castaños, al contrario que el quisquilloso Cuesta, aceptó sin rechistar los planes ingleses. Aunque fueran para él motivo de cierta inquietud política... El plan de operaciones le fue expuesto por Beresford en Juromenha el 30 de marzo. Los veinte mil efectivos que sumaba el ejército aliado pasarían a la orilla izquierda del Guadiana por aquel punto, un vado protegido por la artillería de la plaza. Olivenza sería el primer objetivo antes del sitio de Badajoz, y en su liberación no participaría ningún soldado español. De acuerdo, no había sitio más seguro por donde ejército tan numeroso pudiera cruzar un río crecido por las lluvias invernales. El peligro era que portugueses e ingleses aprovecharan la ocasión para jugársela a España. No sería él quien, pecando de desconfiado, obstaculizara los planes ingleses poniendo en su zapato la chinita de Olivenza. Por cierto, que la falta de calzado retrasó la operación varios días. También la falta de provisiones, y más aún la construcción de un puente móvil, para el que no había materiales suficientes.

Fletcher, el prestigioso ingeniero artífice de las Líneas de Torres Vedras, se encargó de construir un tablero con su centro apoyado en pontones metálicos y caballetes en los estribos. Pero la noche antes de que las tropas empezaran a cruzarlo una inoportuna crecida se lo llevó por delante. A base de barricas de vino requisadas en los pueblos próximos se pudo restaurar el paso. Mientras los aliados perdían un tiempo precioso en estas operaciones, Philippon, el gobernador de Badajoz, lo ganaba aterrando trincheras, reparando brechas, llenando sus almacenes con el fruto de las diarias rapiñas. Al descalabro del puente

siguió un segundo tropiezo. Una columna francesa que patrullaba la izquierda del río se metió sin querer, en medio de la oscuridad de la noche, entre las tropas aliadas que ya lo habían cruzado. El capitán Veiland estuvo a punto de hacer su prisionero ¡al mismísimo Beresford!

El sitio anglo-luso de Olivenza se desarrolló en el mismo orden y siguiendo rigurosamente el mismo protocolo observado en el sitio francés, con la no desdeñable diferencia de que quienes estaban ahora encerrados no eran cuatro mil soldados de élite, sino cuatrocientos tullidos. En la mañana del 7 de abril se había visto desde Elvas cómo salía de la plaza una columna de infantería y caballería no inferior a dos mil hombres. Es decir, que los franceses hicieron justo lo contrario que el inepto Mendizábal. Primer acto: reconocimiento catalejo en mano e intimación de rigor, seguida de la respuesta honorable del gobernador. Segundo acto: inicio del cañoneo desde el fuerte de San Juan contra la débil escarpa del machacado baluarte de San Pedro, a la espera de que llegara la artillería gruesa. Tercer acto: las baterías concentrando todo su fuego en un solo punto. Brecha abierta, amenaza de asalto, bandera blanca y, por último, rendición incondicional el 15 de abril. Saldo final: veinticuatro heridos por ambos lados, cual si de un juego se tratara. Dice Sault en sus memorias que Olivenza fue tomada después de ocho días de asedio, añadiendo “[...] pero una semana ganada no tenía precio para nosotros”²⁹. El éxito del sitio de Olivenza, en efecto, fue hacer perder tiempo a los aliados delante de una bicoca, en vez de dejarla vigilada a su espalda y concentrar cuanto antes todos sus esfuerzos en el ataque contra Badajoz.

Dicen las fuentes inglesas que cuando los aliados entraron en la plaza se volvieron locos en busca de pan³⁰. Las fuentes francesas nos hablan de saqueo, borracheras y vejaciones³¹. Episodios como este, y otros de mayor violencia, hubo muchos a lo largo de la guerra. Lo singular en nuestro caso fue el enfrentamiento a que se vieron abocadas después las tropas españolas para hacer arriar de lo alto de la torre del homenaje... ¡Sí, la bandera portuguesa! Con un Gibraltar había bastante. Al término de la guerra, Castaños habría de recordar el incidente:

“Determinó el Lord que realizase su marcha el Cuerpo de Beresford, con quien me reuní en Elvas, en donde acordamos pasar el Guadiana y emprender el sitio de Olivenza por

²⁹ Nicolás Jean de Dieu Sault, *Memorias. España y Portugal*, Madrid, Polifemo, 2010, p. 189.

³⁰ “Los habitantes parecían contentos con su liberación, pero las tropas se portaron mal, debido a que la escasez de suministros les volvió locos por el pan, del cual se apoderaron indiscriminadamente allá donde podían encontrarlo.” R. Ballard Long, *The Correspondance of Lieutenant general Robert Ballard Long*, en Santacara, *La Guerra de Independencia vista por los británicos op. cit.*, p. 331.

³¹ “Olivenza, poco después, fue tomada por los ingleses, que se entregaron a los desórdenes más vergonzosos. Los soldados, que saquearon un almacén donde había aguardiente, acabaron en un estado de completa ebriedad. Estrangularon a los heridos en sus camas y pasearon al gobernador sobre un asno completamente desnudo. Sin un oficial superior del ejército británico que expusiese su vida para arrancarlo de la muerte, el valiente coronel, que no había tenido tiempo de reparar enteramente las brechas, fue asesinado sin piedad. Petiet, *Souvenirs, op. cit.*, en Fernando Valdés Fernández (ed.), *La Guerra de la Independencia en Badajoz: fuentes francesas. Memorias*, Badajoz, Diputación Provincial, Servicio de Publicaciones, 2003, p. 169.

una división inglesa y una brigada portuguesa, encargando esta operación al general inglés Cole. Mientras se hacían los preparativos supe que la regencia de Portugal había prevenido al general Beresford que, conquistada aquella plaza, quedase en posesión de Portugal. Escribí inmediatamente al lord Wellington, quien procediendo con la prudencia y justificación tan característica de este caudillo, determinó que perteneciendo al principiarse la guerra la plaza de Olivenza a Fernando VII, debía serle devuelta, pues las razones que alegaba la regencia de Portugal solo pertenecía discutirse entre ambos soberanos o los Gobiernos que los representaban, sin ser de su incumbencia. Con estos antecedentes, aunque el Mariscal Beresford con el resto de las tropas que no se empleaban en el sitio penetró en Extremadura, me establecí en Valverde a una legua de Olivenza. El mismo día que se rindió esta plaza nombré por gobernador de ella al coronel de la Princesa D. Julio O'Neill. Habiendo tenido la inadvertencia el general inglés Cole de dejar de guarnición dos batallones portugueses, fomentaron un alboroto el día que entraron las tropas españolas que afortunadamente se cortó y desapareció totalmente con mi presencia³².

Durante algunos días las agujas del reloj habían retrocedido al 19 de mayo de 1801, víspera de la guerra de las Naranjas. Una vez más, gracias a Inglaterra, Olivenza volvía a nacer políticamente para España.

ARBITRAJE COMPROMETEDOR

Convengamos en que, para Portugal, era muy difícil resistir aquella tentación que se le ofrecía en bandeja de oro para matar dos pájaros de un tiro, rescatando a Olivenza no solo del invasor francés sino, sobre todo, del ocupante español. Palmela había fracasado en sus intentos de 1809 y 1810, entre otras razones por el veto inglés. En esta ocasión lo único que se le pedía a la fiel aliada era *laissez faire*. La correspondencia del ex magistrado Francisco Xavier do Rego Aranha con María Luisa de Valleré confirma no solo la existencia del "alboroto" a que se refiere Castaños, sino también que el propio Aranha fue uno de los instigadores del golpe. Para justificarlo, invocó la supuesta y unilateral anulación del tratado luso-español de Badajoz de 1801 por el manifiesto hecho público en Río de Janeiro el 1 de mayo de 1808.

"Me aseguró persona fidedigna que, pretendiendo entrar en aquella plaza antes deayer un escuadrón español, el comandante Madden no lo consintió, diciendo que no tenía orden de admitir allí tropa esta vez, al ser parte integrante de Portugal. Ello me hace creer que tal vez no fuesen mal recibidos *dos requerimientos que hice* en nombre de los

³² El general Castaños al duque de San Carlos. Madrid, 14 de agosto de 1814. Madrid, Archivo Histórico Nacional, Estado, 5444, n.º 3. Documento publicado por Víctor Ibáñez-Martín Mellado, "Las razones de España: el expediente sobre Olivenza en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (1814-1816)", en *Encuentros/ Encuentros: América y la reclamación portuguesa de Olivenza*, n.º 4 (2004), pp. 155-157.

habitantes al día siguiente de la reconquista de la plaza, uno a la regencia, y otro al mariscal. Ambos se fundamentan en el Decreto o Manifiesto dado en Río de Janeiro el 1º de mayo de 1808, en el cual S. A. Real revocó y casó como nulos y derogados los Tratados de Badajoz y de Madrid, por los cuales fue cedido a España aquel territorio. Ciertamente sin embargo que la administración civil todavía se ejerce en nombre del gobierno español por el mismo alcalde mayor. En tiempo de los Franceses se sabe que les servía de espía³³.

Aparte de la instancia que Aranha le presentó en nombre de los oliventinos, Beresford recibió una segunda instancia pidiendo que se permitiera a Portugal recuperar Olivenza. Se la dirigió desde Elvas José Antonio de Oliveira Leite de Barros, auditor general del ejército, el 9 de abril de 1811. Es decir, el mismo día que las tropas inglesas y portuguesas completaban el cerco a la plaza. Metiendo hábilmente en el mismo saco el tratado luso-español de Badajoz de 1801 y los tratados luso-franceses firmados en Badajoz y Madrid el mismo año –únicos formalmente anulados por el Regente en su manifiesto– el futuro conde de Basto se le insinúa con finura al mariscal general: “Não adianto as minhas ideias, porque a sublime compreensão de V.^a Ex.^a e combinação política em couzas de semelhante ordem traerão a Portugal o que justamente se lhe deve, quando V.^a Ex.^a entenda que nas actuaes circunstancias assim convém”³⁴.

Castaños, según propio testimonio, estaba al tanto de estas maniobras. No conocemos el escrito que dirigió “inmediatamente al lord Wellington”, como tampoco la respuesta tranquilizadora de este. Pero sí la respuesta que dio a una carta en la que el mismo Regente, desde Río, le solicitó que la bandera portuguesa se mantuviera izada en Olivenza. Más adelante, y con arbitraje británico, se decidiría quién habría de ser su legítimo dueño. A través del ministro de la guerra, Wellington contestó al Regente desde sus cuarteles de invierno en Freineda. Que la discusión era ociosa –dijo–, toda vez que los franceses seguían siendo dueños de la plaza. Que la guerra de 1801 pudo ser injusta, pero se cerró con un tratado que hasta la fecha había sido respetado por S.A. Real. Que en primera instancia España tenía más derechos que Portugal sobre el territorio. Y que la orden de que la bandera portuguesa permaneciese izada no aumentaría los eventuales derechos de Portugal. Por el contrario, esa circunstancia sembraría la discordia entre los aliados. El oficio de Wellington, que escribe nunca mejor dicho al pie del cañón, termina con esta advertencia al conde de Linhares, principal muñidor de la jugada: “Quienes no han tenido que conducir las operaciones de los ejércitos aliados no están prevenidos de la suma importancia de que la cordialidad entre ellos jamás sea interrumpida”³⁵.

³³ Carta del 20 de abril, en L.A. Limpo Píriz, *Badajoz y Elvas*, p. 239.

³⁴ Oficios de José A. de Oliveira Leite de Barros, inspector geral sobre as repartições civis do Exército, para D. Miguel Pereira Forjaz, ministro e Secretário de Estado dos Negócios da Guerra, Lisboa, Arquivo Histórico Militar, Div. 1/14 – 177/04. Disponible en <http://exercito.pt>

³⁵ El duque de Wellington a D. Miguel Pereira Forjaz, Freineda, 3 de noviembre de 1811. Lisboa, Arquivo Histórico Militar, Campañas da Guerra Peninsular, Caixa n.º 12/11. Documento disponible en: <http://exercito.pt>. Carta publicada y comentada en, L.A. Limpo Píriz, *Olivenza en la Guerra de la Independencia*, Cáceres, Caja de Extremadura, 2009, pp. 245-246.

Wellington tenía razón. Era inútil discutir sobre la piel del oso antes de matarlo. El mariscal Soult había acudido desde Sevilla al frente de 20.000 efectivos para hacer levantar el sitio de Badajoz. Mientras él remataba a Masséna en Fuentes de Oñoro el 5 de mayo, Beresford, al frente de 34.000 hombres, lograba detener el día 16 el avance de Soult a costa de seis mil muertos, pero sin lograr aplastarlo definitivamente. Aunque se intentó presentar la batalla de La Albuera como una victoria aliada, lo cierto es que Soult se rehizo y consiguió unir los restos de su ejército a los de Masséna, comandado ahora por Marmont. Wellington cabalgó hasta Elvas, sustituyó a Beresford por Hill e intentó tomar Badajoz atacando una vez más por el sitio equivocado: el fuerte de San Cristóbal. La falta de artillería, los calores de junio y la pinza Marmont-Soult le obligaron a levantar por segunda vez el sitio y replegarse a la derecha del Guadiana. Como consecuencia de ese movimiento, Olivenza fue abandonada precipitadamente el 17 de junio. Ni siquiera dio tiempo a evacuar sus almacenes. Allí encontraron los hombres de Philippon bacalao en abundancia, vino y aguardiente, el que dejaron los ingleses. Poco después, el día 27, una compañía de zapadores del general Godinot se dirigió a Olivenza, abrió minas en el ángulo capital de tres baluartes y, poniendo fuego a los hornillos, los hizo saltar por los aires, con gran pesar de los oliventinos³⁶.

En unas horas hicieron los franceses lo que no fueron capaces de hacer los españoles en once años de dudas y titubeos. La definitiva liberación de Olivenza del yugo napoleónico no sería así consecuencia del nuevo sitio, sino de la definitiva liberación de Badajoz en abril de 1812.

CONCLUSIONES

Las conclusiones que pueden extraerse de la experiencia oliventina durante la Guerra de la Independencia son de orden tanto militar como político. En el orden militar, y contra pronóstico, Olivenza conservó sus obsoletas fortificaciones, desahuciadas por los propios portugueses en 1762 y 1801. Ni antes de la guerra, ni en sus tres primeros años, ni siquiera después de que Mortier se apoderase de la plaza en febrero de 1810, se tomó la decisión ineludible. En lugar de desmantelarla parcialmente, se hizo justo lo contrario, en provecho francés: reforzarla con una guarnición de cuatro mil hombres. Es muy significativo que las máximas cabezas de los tres ejércitos en lucha, Castaños, Wellington y Napoleón coincidieran, en la necesidad de sacrificar las murallas de Olivenza, aunque por razones diferentes.

³⁶ Informe de D. Fernando Mateo al general Castaños sobre los movimientos del enemigo. Olivenza, 29 de julio de 1811. Madrid, Archivo Histórico Nacional, Sección Diversos- Colecciones, leg. 109, n.º 36. Confirman la voladura de los baluartes oliventinos Lamare (Coronel Lamare, *op. cit.*, p. 22), A. Petiet (Fernando Valdés Fernández (ed.), *op. cit.*, 169) y Belmas (Jacques-Vital Belmas, *Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la Peninsule, de 1807 à 1814*. París, F. Didot, 1836, vol. II, p. 194). En la cartoteca histórica del Servicio Geográfico del Ejército se custodia el "Plano y perfil de uno de los tres baluartes volados de la plaza de Olivenza, que manifiesta el estado anterior y el actual".

“Siendo de dictamen que la devolución de Olivenza, bajo la condición expresa de no reedificarse sus fortificaciones, que convendría mucho se fuesen destruyendo las que aún existen, no sea un donativo...”³⁷.

“I had frequently recommended to the late Marques de la Romana either to destroy the place effectually, or to garrison it sufficiently, and to provide it with the ordnance, and stores, and provisions necessary for its defence. He had latterly determined that the place should be destroyed; and he had given directions that the troops should be withdrawn”³⁸.

“Cette manière de vouloir garder tous les points dans un moment difficile expose à de grands malheurs [...] En cas d'événement, centraliser les forces et n'avoir à garder que quelques citadelles. Sa Majesté n'approuve pas davantage le parti qui a été pris de garder Olivenza. Il faut faire sauter cette place et en détruire les fortifications”³⁹.

La lógica resistencia de los oliventinos a ser abandonados, y la lógica resistencia de los españoles a destruir una llave en la frontera que podría serles muy útil contra el secular enemigo acabada la guerra, explican que al final fuesen los franceses quienes hicieran perder a Olivenza su estatuto de plaza fuerte.

En el orden político, y también contra pronóstico, España logró conservar su soberanía sobre Olivenza. Todo lo malo que pudo pasar en ella durante la guerra pasó. Vemos Olivenza como la antítesis de Zaragoza, paradigma de conducta antiheroica agravada por el hecho de tratarse de una población de mayoría portuguesa, no asimilada aún al patriotismo español. Un sentimiento en ciernes que tiene su crisol en la propia guerra. Cobarde, deserciones, motines, ciego localismo, incompetencia e improvisación por doquier, división entre civiles y militares, torpeza política, deserciones, indecisión y puñaladas por la espalda entre aliados. He ahí los rasgos que definen lo que fueron los sitios de Olivenza durante la Guerra de la Independencia. Juntos, componen un cuadro muy alejado de su imagen más tópica y mítica. Y si lo peor de todo no llegó a ocurrir (el regreso del antiguo enclave a soberanía portuguesa) no fue porque lo evitara el ejército español o su diplomacia, poniendo sobre el tapete negociador la fabulosa contrapartida de los 135.000 km²

³⁷ El general Castaños al duque de San Carlos. Madrid, 14 de agosto de 1814. Cf. nota n.º 32.

³⁸ “Más de una vez recomendé al fallecido marqués de la Romana o bien destruir eficazmente la plaza, o bien guarnecerla con efectivos suficientes y dotarla de la artillería, almacenes y víveres necesarios para su defensa. Últimamente él había tomado la decisión de sacrificar la plaza y había dado instrucciones para que las tropas se retirasen.” El duque de Wellington a lord Liverpool. Cartaxo, 2 de febrero de 1811. En Arthur Wellesley, duke of Wellington, *The Despatches of Field Marshal, op. cit.*, vol. IV, p. 573.

³⁹ “Esa manera de querer guarnecer todos los puntos en un momento difícil expone a grandes desgracias. [...] En caso de que ocurra algo, centralizar las fuerzas y no guardar más que algunas ciudadelas. Su Majestad no aprueba tampoco el partido que se ha tomado de guarnecer Olivenza. Es necesario volar esta plaza y destruir sus fortificaciones”. Napoleón a Berthier, mayor general de sus ejércitos en España, la noche del 29 al 30 de marzo de 1811. Napoléon I^{er}, *Correspondance Militaire de Napoléon I^{er}. Extrait de la correspondance générale et publiée par ordre du Ministère de la Guerre*, París, Plon, 1876, t. VII, n.º 1268.

ocupados en la Banda Oriental del Uruguay, sino porque tres veces lo evitó la providencia interposición británica.

Unos días después de que Wellington le escribiera desde Freineda a Pereira Forjaz la carta que atrás hemos visto, el 8 de noviembre de 1811, le dice a Stuart, el “virrey” de Londres en Lisboa:

“Supongo que habrás leído la contestación que di al Gobierno portugués acerca de aquel punto de la carta del Príncipe en el que pretendía fuesen cursadas órdenes para que la bandera portuguesa continuara ondeando en Olivenza. En realidad, portugueses y españoles se disputaban la posesión de la plaza cuando fue reconquistada el pasado abril, coincidiendo con mi llegada a Elvas. Resolví la cuestión expulsando a los portugueses y designando a Castaños para que tomara posesión de la plaza. Por lo que respecta al otro punto que planteaba el príncipe en su carta, no lo he tomado en consideración, ya que en la discusión con el Gobierno portugués no hay nada que me implique en el arbitraje de Su Majestad sobre la reclamación de Olivenza, que Portugal plantea a España.”

Pero... cuál es la naturaleza de esta reclamación, y qué tiene Gran Bretaña que arbitrar? La reclamación apela a la buena voluntad de España, ya que Olivenza fue cedida en virtud de un Tratado, tan formalmente como la Isla de Trinidad nos fue cedida a nosotros por otro Tratado. No existe divergencia alguna acerca del Tratado que reclame nuestra mediación. Se trataría apenas de que Su Majestad utilizara su influencia junto a España a fin de que la retrocesión se efectuase. Su Majestad debe guardarse mucho de que España, apoyándose en los mismos fundamentos, no le reclame la restitución de la Trinidad”⁴⁰.

Es decir, que Amiens fue la garantía política que permitió la supervivencia jurídica del Tratado de Badajoz, virtualmente anulado por el príncipe regente desde Río en su todavía hoy invocado manifiesto. Amiens fue el providencial escudo que protegió la conservación de Olivenza en manos españolas contra el oportunismo, las ambiciosas miras y el juego victimista de la diplomacia lusa. Amiens fue el parachoques del frustrado golpe bajo de 1811, un Gibraltar bis en el que Wellington se negó a desempeñar el papel de Almirante Rooke. El verdadero anclaje del Tratado de Badajoz luso-español de 1801 no fue una supuesta filantropía británica, sino pura y llanamente sus intereses atlánticos. Olivenza es española gracias a Godoy y su “Guerra de las Naranjas”, de tan felices resultados para las armas portuguesas en América, pero sobre todo gracias a Wellington, que en abril de 1811 revalidó fácticamente el Tratado de Amiens. Su “traición” figura en la lista de agravios recibidos de la fiel aliada.

⁴⁰ La carta original en Southampton, Hartley Library University, Special Collections, WF, n.º 1/340/168. Publicada en Duke of Wellington, Arthur Wellesley, *The Despatches of Field Marshal, op. cit.* vol. V, p. 359. Traducida y comentada en L.A. Limpo Píriz, *Olivenza en la guerra de la Independencia*. [Cáceres], Caja Extremadura, 2009, p. 247.

Revisar el estatuto fijado en Amiens a Olivenza abría un peligroso e innecesario resquicio para que, apelando a idéntico principio, España pudiera plantear la hipotética reversión de la isla de Trinidad. El estudio del particular caso de los sitios de Olivenza durante la Guerra de la Independencia nos deja así a las puertas de una interesante conclusión general. La potencia considerada hasta ahora tradicionalmente responsable por la usurpación de un fragmento del territorio nacional (Gibraltar), ha sido también la responsable por la conservación de otro fragmento (Olivenza). Los amplios intereses de la talasocracia británica están por igual detrás de los dos únicos cambios que han experimentado las fronteras de la España continental en la herencia de los Reyes Católicos: Gibraltar y Olivenza.